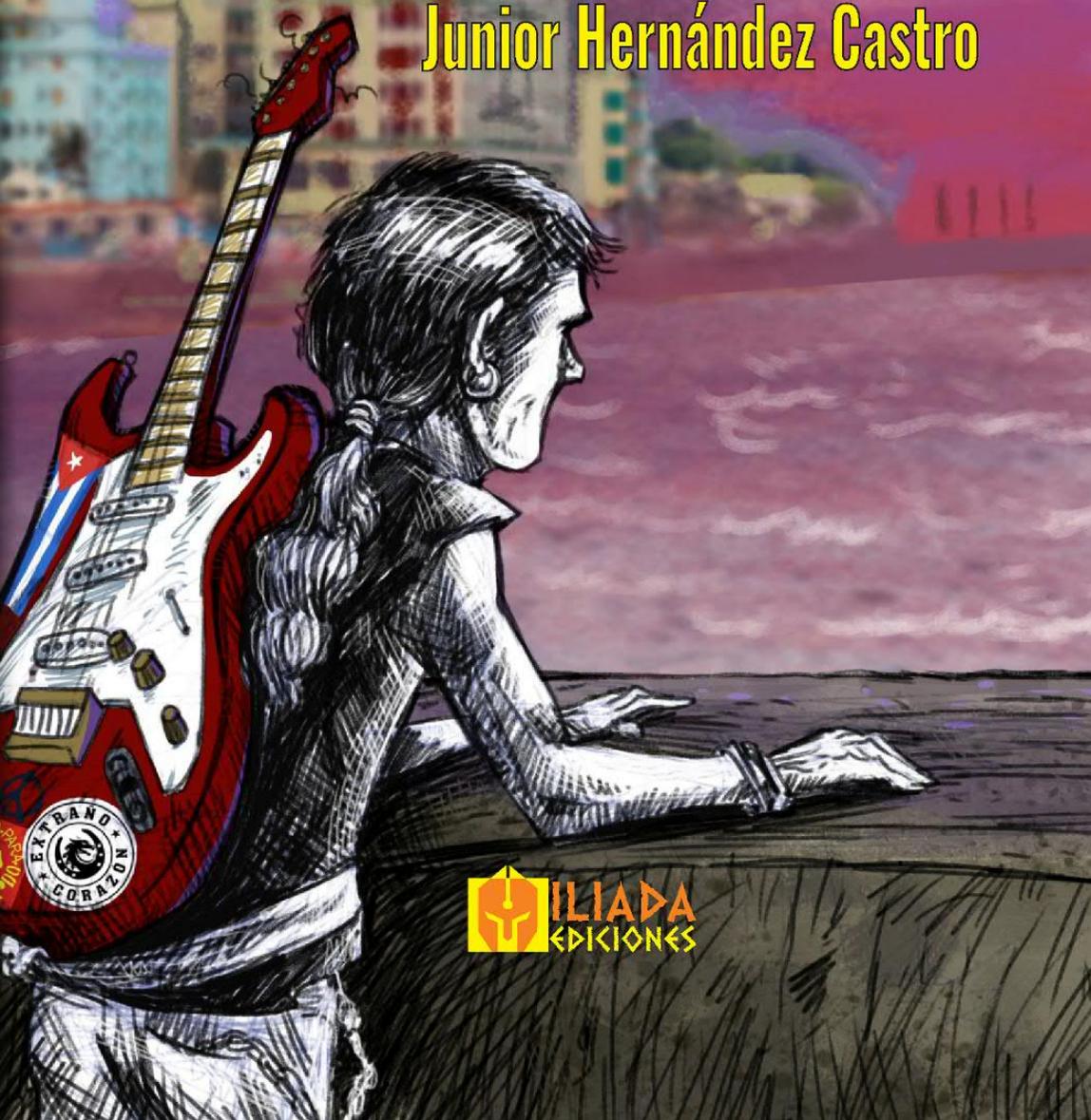


QUE SEA LO QUE ELLOS QUIERAN

(o la improbable historia del rock en La Habana)

Junior Hernández Castro



 ILIADA
EDICIONES



QUE SEA LO QUE ELLOS QUIERAN

**(o la improbable historia
del rock en La Habana)**

JUNIOR HERNÁNDEZ CASTRO

© Junior Hernández Castro, 2025

© Fabián Sotolongo, de la ilustración de portada

© Iliada Ediciones, 2025

ISBN: 979-8312284935

www.iliadaediciones.com

ILIADA EDICIONES

Heidebrinker Str.15

13357 Berlín

Alemania

Maquetación: AV Kreativhaus UG

Edición/Corrección: Amir Valle

Logo Iliada Ediciones: Maikel García

Diseño: AV Kreativhaus UG

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A mima y abuelito,
que no eran frikis, ni sabían de frikis,
pero les hubiera gustado estar aquí

*¡Qué risa me da esa falsa humanidad
de los que se dicen buenos!
No perdonarán mi pecado original
de ser joven y rockero.
Si he de escoger entre ellos y el rock
elegiré mi perdición.
Sé que al final tendré razón.
¡Y ellos no! ¡Mi rollo es el rock!*

BARÓN ROJO
Los Rockeros van al Infierno

(...) la culpabilidad de muchos de nuestros intelectuales y artistas reside en su pecado original: no son auténticamente revolucionarios.

ERNESTO «CHE» GUEVARA
El socialismo y el hombre en Cuba

Durante varias décadas, la única institución revolucionaria que se interesó por el rock cubano fue la policía.

HUMBERTO MANDULEY

LOS ROCKEROS VAN AL INFIERNO, Y QUE SEA LO QUE ELLOS QUIERAN

(A modo de prólogo)

Tema infrecuente en los medios cubanos, el libro *Que sea lo que ellos quieran (o la improbable historia del rock en La Habana)*, de Junior Hernández Castro, intenta compensar el vacío que aún existe en los estudios cubanos sobre el rock, una expresión sonora históricamente incomprendida y, en muchas ocasiones, asociada a estereotipos y prejuicios.

Lo hace desde la mirada periodística, adentrándose en las realidades de varios protagonistas y con la impunidad que le ofrecen, sobre todo, géneros como la entrevista literaria, la entrevista tradicional y el perfil, una suerte de pasaporte para indagar en las historias de vida, volver en el tiempo, caminar el presente y aventurarse en el futuro deseado.

Junior es un entrevistador agudo, osado, y lo demuestra cuando asume cada diálogo y escena a partir de la interpretación retrospectiva, hoy apenas un asomo en la prensa cubana. Esta modalidad del periodismo le permite poner al individuo en una tridimensionalidad activa: llevarlo a su pasado para que cuente la historia conocida y descubra al lector elementos inéditos a partir de la interiorización razonada y comprometida con la realidad, para que alumbre el presente.

El periodista logra en estos textos ubicar a sus personajes como contadores de historias factuales, como entes opináticos de los acontecimientos y del contexto, y finalmente como evaluadores que interpretan sus circunstancias. Hay en las entrevistas una reconstrucción delicada, de filigrana, una narrativa limpia con desdén de ambientes

adjetivados, para ofrecer la realidad sin matices ajenos distorsionadores, porque se trata de mostrar que cada quien ha vivido una historia personal, finalmente sujeta a una dolorosa historia colectiva.

Y es justo decirlo: el rock en Cuba ha sido visto y asumido en no pocas esferas de la política y la sociedad como una especie de subcultura o contracultura maléfica. No se perdona a sus seguidores el rompimiento con lo instituido y lo considerado correcto: se les demoniza y censura, se les cierran puertas y espacios, se les enjuicia y margina, obviando su derecho a formar parte en el contexto de la cultura nacional.

Por mucho que el panorama se haya tornado más flexible, que gran parte de la intolerancia haya quedado atrás y exista mayor conciencia de qué es el rock y su influencia en el entorno sociohistórico de la nación, perviven oídos que no escuchan a sus cultores: artistas también involucrados en abordar los avatares de la Cuba actual, y entregar desgarramientos sonoros que se emparentan con la cotidianidad del cubano.

Reclamo que viene desde la década de los sesenta del siglo XX, cada vez es más urgente entender las particularidades de esta cultura, para que el género alcance cotas altas con igual seriedad y calidad que posee otras músicas, y deje atrás discrepancias, críticas, actitudes hipócritamente de tolerancia, de acogida oficial; y pase a un reconocimiento y respeto sinceros, sin cortapisas, sin miradas de arrumacos que más lesionan que salvan.

Habría que refrescar la memoria a no pocos de esos puristas culturales y decirles que en tanto Elvis Presley llenaba escenarios anglófonos, una agrupación cubana, Los Llopis, llevaba canciones de rock and roll al castellano a mediados de la década de 1950. De hecho, fueron de los primeros en grabar música rock en nuestro idioma, se presentaron en México, Portugal, Suiza y España; y son considerados pioneros del rock en Hispanoamérica, junto a los *Teen Tops* mexicanos.

Y otro dato: con sus melenas largas y desgredadas, pantalones rotos y gestualidad convulsa, los rockeros y metaleros cubanos, los frikis, protagonizaron en la década de los 90 uno de los más hermosos proyectos de la época: Rock contra Sida. Creado en el memorable Patio de María, en sus actividades entregaban condones a la entrada —una suerte de ticket inverso—, así como plegables que explicaban cómo advertir sobre la enfermedad. Incluso, rockeros seropositivos o enfermos de sida, previa autorización, asistían y conversaban sobre sus experiencias, en tanto los muchachos del icónico Patio iban al sanatorio de Santiago de las Vegas a llevar un arte que es, ante todo, forma de vida.

Ha de concluirse, entonces, que este maldecido género musical en los últimos casi 70 años no apareció de improviso, no colonizó ni desideologizó, sino que, por el contrario, con sus propios componentes y maneras de hacer, acrecentó el caleidoscopio espiritual del país. Y si han estado apartados de los reflectores, de los primeros planos, ha sido, más que por ellos mismos, por el acérrimo rechazo al que se les sometió. Ni tan buenos, ni tan malos, ni tan perfectos ni tan anómalos, con culpas y sin culpas, ellos responden a un largo contexto de fobias. El hombre es expresión de su tiempo.

Debo decir, además, que este libro de Junior Hernández Castro tiene como antecedente su propia tesis de licenciatura, *Los rockeros van al infierno. Avatares del rock y el metal en La Habana entre 1986 y 2007*, que defendió en 2020 y que constituyó un tema sin antecedentes en el catálogo de investigaciones de la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Habana. Y también, el otorgamiento del Premio de Periodismo Musical Bladimir Zamora in Memoriam (2021), por el perfil “Dios te salve, María...”, incluido en estas páginas y publicado en la revista cultural *El Caimán Barbudo*.

Estamos ante un profesional de un sólido perfil como periodista e investigador de la temática del rock, profesor de Periodismo en la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Habana hasta 2023, promotor del rock y

metal en espacios como las revistas *Opía Magazine*, *El Caimán Barbudo* y *AM:PM.*, y en su propio proyecto *El Frikí Periodista*, además de maestrante en Antropología por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en su sede de Ecuador.

Aplaudimos de una este texto que va a honduras de la leyenda negra de la producción rockera y pretende iluminar el debate entre intelectuales, investigadores, intérpretes y admiradores de ella. Un texto que da continuidad a otros de relevantes autores y nos reafirma en la certeza de que cada estudio ennoblezca las resonancias culturales y sociohistóricas del país, desde cualquiera de sus infinitas miradas.

Dra. Iraida Calzadilla Rodríguez

Enero de 2025

NOTA (IN)NECESARIA DEL AUTOR

Este libro fue escrito a retazos. Más que escrito, reescrito. Dicen por ahí que escribir es, en verdad, reescribir, y que un libro nunca se termina, solo se abandona. Después de cuatro años y medio de quitar y poner palabras, de amar, sufrir y disfrutar con cada línea, he empezado a creer que quien dijo eso tenía razón, y a entender que los textos que siguen deberían ser abandonados, o lo que es lo mismo, libres. He aquí su historia...

En junio de 2019, después de tener listas unas 70 cuartillas de mi tesis de licenciatura en Periodismo en la Universidad de La Habana, y faltando menos de un curso para graduarme, decidí abandonar el tema. La reacción de mi tutor, de los profesores y de mi círculo cercano, fue la misma: “¿Tú te volviste loco?”. Hasta el día de hoy, desconozco la respuesta a esa pregunta. Pero aquella vieja aspiración de hacer una tesis sobre rock cubano había vuelto a tomar forma en mi mente, y ya fuera un documental, un podcast o un libro, solo quería una cosa: cumplirla.

Cuatro años antes, al toparme en una feria del libro con el texto *Hierba mala: una historia del rock en Cuba*, de Humberto Manduley, mi lado emocional e irracional decidió que ese iba a ser el camino. El racional no estaba tan seguro: inexperto en el tema y totalmente desconocido para la fauna rockera y metalera cubana, me sentía detenido por el miedo, las dudas, la inexistencia de contactos dentro de la escena y un inicial y rotundo NO de la universidad a mi proyecto, porque el tema carecía del interés y el enfoque necesarios para una tesis de Licenciatura en Periodismo. A las puertas de mi último curso, decidí arriesgarme.

No sabía bien por dónde comenzar, pero algo apuntaba a que si la profe mano dura y para nada rockera de Periodismo Impreso se había dejado convencer por mi labia y había aceptado ser mi tutora, nadie iba a ser capaz de decirle que no. A mi llamado acudió también el autor de las páginas que una vez me inspiraron y cuya pasión por el rock nacional le llevó a publicar tres libros y decenas de textos sobre el tema.

Con ambos guías, Iraida Calzadilla y Humberto Manduley, emprendí los primeros pasos de este viaje por la historia del rock en La Habana, que ha tardado más en escribirse de lo que una vez pensé, y que ha debido transitar por una pandemia, la peor crisis económica y migratoria de Cuba, mi propia partida de la Isla y los estragos de la pereza, el desaliento, el síndrome del impostor y el miedo a la página en blanco.

Hablar de rock en este país será siempre polémico, complejo y político. Se teje a su alrededor una leyenda negra con fundamentos de sobra en la realidad, y cuyo alcance e impacto resultan variables en dependencia de la época, la memoria, la experiencia y hasta la suerte de cada sujeto. En el otro extremo, no faltan quienes han blanqueado o minimizado los pasajes más crudos de la represión contra el rock y el metal en Cuba, arguyendo que fueron errores puntuales de la política cultural, comparando con otros escenarios donde esa música fue censurada por otras razones, o cuestionando la veracidad de cualquier muestra de intolerancia sobre la que sobran testimonios.

Lo que intento con estas líneas es arrojar un poco de luz en esas zonas oscuras, más allá de militancias o simpatías ideológicas. Por eso, como diría Humberto Manduley, no pretende ser esta la historia única y definitiva del rock en La Habana. Es, más bien, un puñado de historias del rock «de la calle», proyectos de músicos en su mayoría autodidactas, que, a pulmón, prácticamente sin apoyo y luchando contra todos los prejuicios de su época, se hicieron un nombre dentro del rock nacional. Claro que de esos nombres se quedarán varios fuera, algunos por razones que hasta los propios textos develan. Y así como cada quien ha relatado la versión de los hechos que recuerda (o quiso recordar), y yo intenté

recrearlos lo más fiel posible a esas memorias, queda en manos de cada lector la posibilidad de contrastar los datos, elegir sus verdades y recordar quizás –al menos los mayores– esas historias de las que también fueron parte.

He organizado los relatos de este libro en un intento de orden cronológico. Aunque cada uno puede leerse de forma independiente, hacerlo de la manera lineal permite comprender mejor el contexto en que todo se desarrolla. De igual manera, está concebido para que los personajes, bandas y escenarios que pueden mencionarse de pasada en un texto, aparezcan con mayor profundidad en los siguientes, pues en algún punto, todas las historias se tocan.

Este viaje de cuatro años, que resume más de cuarenta, no hubiese sido posible sin la ayuda de los protagonistas de estos relatos, a quienes agradezco el tiempo, el valor, la confianza y la desconfianza: Dagoberto Pedraja, Carlos Rodríguez, Bernardo Iglesias, Omar Pitaluga, Jorge *Pepino* Fernández, Dionisio Arce, María Gattorno, Juan Carlos Torrente, Javier Rodríguez, Athanai Castro, Ciro Díaz y Gorki Águila.

Doy gracias infinitas a la profe Iraida Calzadilla, por acompañarme durante la fase crítica de este parto y por confiar en el valor de estas historias cuando otros no lo hicieron. También, al investigador Humberto Manduley, por estar siempre dispuesto cuando fue necesario preguntar, contrastar un dato, revisar los textos, o simplemente, charlar.

A mis profesores de la carrera de Periodismo: Roger Ricardo, Jesús Arencibia, Rafael Grillo y Luis Sexto, por las enseñanzas de toda una vida. Al maestro (ma-estropeado) Joaquín Borges-Triana, por su sapiencia y humanismo; y a mis profes del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso, en especial Dazra Novak y Yamila Peñalver.

A mi hermanito Miguel Angel Nodarse, sin el cual estaría escuchando a José José y escribiendo de sabrá Dios qué cosas. A Mabel Torres y José Manuel Pérez, amigos no frikis, animadores profesionales y lectores incondicionales. A Karla Flores, porque este libro seguiría en la gaveta de no haberte conocido. A Day Montoya, por escuchar cada historia sin dormirse y vivir, sin ser cubana, mis dolores.

A Fabián Sotolongo, por su arte. A Raúl Cardona, por el apoyo y los consejos. A Marialis, por llevarme a aquel proyecto que me hizo esto de escribir en serio. A Camila, por el título de María. A Yai, por conseguirme esa entrevista. A Lorena, por el ojo certero. A Pavel, por decirme que no llegué tarde cuando hasta yo creía que sí. A la familia y las amistades que creyeron en mí. A las que no.

A los rockeros, metaleros, hippies, punkis, góticos, Elvispresianos, emos, vampiros y hombres lobo. A los que han formado y formarán parte de la historia –y el sueño– del rock and roll y el heavy metal en este pedazo de tierra nuestra, siempre bella y dolorosa, incrustada en el corazón del Caribe.

Quito y La Habana, diciembre de 2024

ÍNDICE

Los rockeros van al infierno y Que sea lo que ellos quieran
(A modo de prólogo) / 9

Nota (In)necesaria del autor / 13

Nosotros, los Frikis (Intro) / 19

Que sea lo que ellos quieran / 25

La maldición del Diony / 45

Dios te salve, María / 61

No es por ser un radical / 79

El inútil sueño de Javier Rodríguez / 95

Yo canto en primera persona / 113

Pusimos el porno... ¿y qué? / 129

No tiramos la primera piedra (Bonus Track) / 153

Futuro inmediato (Coda) / 181